

un estupendo histrión y revive sus pasadas glorias alcanzadas en *Kean*. Y un muchacho nuevo llamado Alfonso Meza se muestra también espléndido, y el mudito Alejandro Morán hace una muy buena labor. Con decirnos que hasta la señora Samara de Córdoba, de nombre tan antiguo, está bien . . . Eso indudablemente se debe al director.

SOR CONSTANCIA: Estáis confusa, sor Blanca. Lo mismo criticáis que alabáis a ese buen hombre de la mano retratada. Vayamos a tomar un cordial con la Priora .

SOR BLANCA: No puedo. He visto un programa de París en que se anuncia la reposición de *Diálogos de carmelitas*, y me voy volada a verla. *Au revoir*.

7 de noviembre de 1971

ALGO EXTRAORDINARIO EN ESCENA

Por fin, a los diez meses del año del Señor de 1971, hemos podido ver algo verdaderamente extraordinario en el teatro de México. En este año calamitoso en todos los sentidos, también el teatro se vio resentido, aunque no sólo por la falta de público, como sería lo lógico, sino por la mala calidad de las obras, o de los directores, o bien de los actores. En quince años que llevo viendo todo lo que se representa en la capital, no me había nunca encontrado con un año como este que estamos viviendo en lo que a pobreza teatral se refiere. Ya estaba resignado y esperaba, como todo ciudadano, el advenimiento del año próximo, a ver si cambiaba el estado agonizante de nuestra escena. Pero he aquí que el año de 1971, después de su periodo de gestación más o menos normal, ha dado a luz una hermosa obra, una dirección que puede catalogarse de la más importante en mucho tiempo, de unas actuaciones que difícilmente puedan verse de nuevo. Todo ello hace que las esperanzas renazcan para aquellos que amamos el teatro y sufrimos con él en sus malas épocas, que son perennes. Cuando puede verse un espectáculo como este del que me ocupo,

es cuando se cree en el talento, y en el amor por la profesión, y en que México puede estar a la altura de cualquier ciudad del mundo cuando se logran reunir buenos elementos. Por otro lado, cuando se ve algo como esto es cuando también se vuelve uno más exigente con los demás, porque el teatro, para ser un éxito artístico, no comercial (lo hermoso es cuando es ambas cosas) pide a sus sacerdotes una entrega total, del cuerpo y de la mente, y pide, sobre todas las cosas, inteligencia, algo que desgraciadamente no abunda en nuestro medio pedantemente llamado “artístico”.

Me he puesto solemne contra mi costumbre, pero es que lo que es serio, debe tratarse en serio. Y caigo en la cuenta que he dicho muchos elogios pero no he dicho quién los ha merecido. La obra es *Hogar*, de David Storey, un dramaturgo inglés que aunque parezca increíble, era jugador de fútbol antes de sentarse ante una máquina de escribir. El director es Rafael López Miarau, sin discusión alguna el mejor director que hay en México (y desafío a que se me pruebe lo contrario), y las actuaciones son de Carlos Ancira, Ignacio López Tarso, Ofelia Guilmáin y Virginia Manzano (citados por orden de aparición en escena, para que no se piense que cito por categorías, puesto que todos y cada uno de los nombrados tienen la misma). Es justo mencionar también a Julio Prieto por la escenografía, que si no es la de *Sabueso*, ambienta a la perfección la obra y no se necesitaba más que esa balastrada rota y carcomida por el tiempo. Lo que siempre he sostenido: para que el teatro sea teatro deben caminar unidos, como los tres mosqueteros y D'Artagnan, la obra, la dirección, las actuaciones y la escenografía (estos elementos sí citados en orden de categorías).

En una excelente nota que aparece en el programa de mano, Marilyn Ichaso, una amante del teatro y profunda conocedora de sus secretos, que por timidez o exceso de autocritica o vaya usted a saber por qué no se ha lanzado a dirigir en plan profesional, expone con mucho tino la tesis de la obra. Extracto algunos párrafos, ya que me parecen exactos:

“¿A dónde iremos a dar? ¿Cuál será el destino del mundo considerado como un todo común y solidario? ¿Qué nos tiene reservado el tiempo en sus obras inéditas? Ésas son las preguntas

que gritan incesantemente en esta obra de David Storey. Vivimos en una época-puente disparada hacia el futuro, pero todavía nos detienen con demasiada fuerza las raíces del pasado y no acertamos a encontrar la salida en el laberinto del presente. Por eso una de las características de nuestro tiempo es esa angustia del venidero grabada en todos los gestos y actitudes del hombre actual.”

Es absolutamente cierto y expuesto en una sola frase: las raíces del pasado, que son las que causan el laberinto del presente. Es cierto que un terrible presente lo creó el hombre mismo con la amenaza nuclear, pero si a eso añadimos esas raíces del pasado que no acaban de pudrirse y de desaparecer, la angustia se torna insoportable. ¡Dichosos nuestros hijos, y más que ellos, los hijos de nuestros hijos! De ellos será el reino de la tierra, que es el importante.

Mucho podría hablar sobre la obra, pero necesitaría todo un ensayo, lo que me encantaría hacer, pero no es la labor de un crítico teatral que no se respeta, como soy yo. Dejo a mis colegas la glosa de la pieza, que seguramente lo harán mejor que yo, y paso, no sin antes recomendar, pedir, exigir, a todos los que esto lean, vayan al Teatro Xola, paso a hablar de la dirección y de las actuaciones.

Rafael López Miarnau, quien al dirigir su primera obra, *La gaviota*, de Chejov, de inmediato se llevó un premio, ha ido madurando a través de veinte o veinticinco piezas que ha dirigido en el Teatro Orientación ante un escaso público, y ahora está en la plenitud de sus facultades y de su talento. Ese público escaso que asistía al Orientación, un teatro pestilente e indigno de un talento como el de don Rafael, ha comprendido al fin lo que vale este director y ahora el Teatro Xola se ve casi lleno a diario. Fue una fortuna haber podido sacar a López Miarnau de su modestia mal orientada. La dirección de *Hogar* es perfecta, y no hay exageración en lo asentado. Nadie podría haberla dirigido mejor. Y si se tiene en cuenta que es una de las obras más difíciles que han salido de pluma o máquina alguna, la labor del director es aún más clogiable. No hay virtuosismo ni fiorituras para hacer notar “la mano del director”: hay sólo estudio profundo de los personaje, y un movimiento escénico lleno de aciertos. El teatro en

México puede malvivir tranquilo mientras bien viva Rafael López Miarnau.

Carlos Ancira siempre bien, logrando de cada personaje que interpreta una nueva creación. Ignacio López Tarso alcanza uno de sus mejores trabajos, y desde *El rey se muere* no le habíamos visto nada tan bueno como su trabajo en *Hogar*. Puede decirse de López Tarso que es un actor disparejo pero nunca que es un mal actor, como quieren sus enemigos. Del Nacho de *Moctezuma II* al Nacho de *El rey se muere*, o de *Hogar* (dos trabajos completamente diferentes) hay una enorme diferencia. Y entre su labor en la obra de Ionesco y esta de David Storey, me quedo con la segunda a ojos cerrados. Ofelia Guilmáin, la gran Ofelia cuando quiere serlo, en *Hogar* lo desca fervientemente, con lo que su actuación resulta excelente. Y doña Virginia Manzano, noble señora de la escena, si bien no hace olvidar su trabajo en *Acapulco los lunes*, porque su papel no se presta para ello, demuestra sus gigantescas cualidades auténticamente artísticas. Cinco “monstruos sagrados” unidos para darnos lo que pedimos a diario: “Señor, danos una buena obra de teatro al mes para vivir tranquilos con nuestras conciencias.” Pero el Señor nos da una al año. *Hogar* puede ser la de muchos años, así que no hay que dejar de verla. Y si esto último sueña a publicidad... lo es.

14 de noviembre de 1971

CON DIOS Y CON EL DIABLO

Hay personas que quieren quedar bien con Dios y con el diablo, pero casi siempre les sucede lo que al tristemente famoso cuetero, que no quedan bien ni con uno ni con otro, porque, para seguir con los dichos populares, no se puede repicar y andar en la procesión, o el que a dos amos sirve, con alguno queda mal o con los dos. Dada mi repulsión por las consejas, refranes o proverbios, me da mucho gusto consignar que se ha dado un caso que desbarata la “sabiduría popular” de esos dictharajos o lugares comu-